

Eucaristía, oración y familia en los inicios del cristianismo

Por P. FERNANDO DE LA VEGA

Este tema presenta su mayor dificultad en la penuria de las fuentes relativas a los tres primeros siglos, los más desconocidos y decisivos para asistir al nacimiento de la oración en el seno de la comunidad y la familia cristianas. Por otra parte, siempre se corre el peligro de extrapolar o proyectar nuestras preocupaciones o nuestras valoraciones a generaciones pasadas. Trataremos de verlas como fueron, diferentes de las nuestras, con otros intereses y otra sensibilidad.

El Libro de los Hechos de los Apóstoles (2,46) contraponen claramente el culto en el templo –al que los fieles permanecían asiduos– y la “fracción del pan” en las casas. Este mismo texto de Hechos, enlaza la fracción del pan con la vida cotidiana, lo que significa que no sólo la cumbre de la reunión doméstica –con la fracción del pan eucarístico– sino toda la comunidad al compartir la mesa, hace que la vida hogareña, tomara valor de alabanza y liturgia.

La eucaristía expresaba y sacramentalizaba la unidad de la familia provocando una fusión entre todos sus miembros más allá de sus divergencias de sexo, edad, etcétera, gracias precisamente al pan compartido en cada hogar. Todo esto se hacía en el marco de una comida familiar que terminaba en acción de gracias sacramental. Incluso separada de la comida, la eucaristía conserva su carácter de comida y la comida cristiana conserva carácter de eucaristía.

Todo parece indicar que cuando la comunidad sobrepasa el marco de un hogar, se ve obligada a crear un lugar de reunión. Se sitúan entonces las eucaristías por las mañanas, pero siguen existiendo eucaristías domésticas, limitadas al marco de una familia que pueden estar ligadas a una verdadera comida. Hay textos que nos brindan testimonio de esta costumbre, incluso hablan de que algunos fieles se llevan a sus casas el pan eucarístico de la celebración de la mañana y comulgan en su casa, quizás para respetar el ayuno hasta la tarde, cuando toman el alimento eucarístico con el ordinario.

No quisiéramos dejar pasar la ocasión de apuntar aquí que la evangeliza-

ción en los primeros siglos del cristianismo se efectúa en el marco de una casa hospitalaria puesta a disposición de un misionero itinerante. El hogar es de este modo un centro de irradiación y de acogida, donde a menudo el padre de familia deviene jefe de la comunidad y a tal efecto el misionero le impone las manos, situación que se describe en varias Cartas de Pablo.

En el marco de una familia que acogía un número restringido de personas –doce como máximo– tenía lugar el “ágape”. El padre de familia invitaba a comer a los miembros desheredados de la comunidad, por lo tanto resulta una comida inspirada por la caridad y la eucaristía. El ágape debió nacer en el momento en que la eucaristía se separó de una verdadera comida y se situó por las mañanas.

No obstante, conserva de la eucaristía no solamente su carácter de comida, sino también su significación social en un clima de fraternidad que intenta obviar las clases y diferencias sociales, tan radicales e insalvables en aquellos tiempos. El ágape es una manera de expresar y significar proféticamente la comunidad me-

siánica en la que no deben existir ni hambre ni pobres, ideales ya realizados en las primitivas comunidades de Jerusalén, quizás un tanto idealizado en la narración de Lucas en el *Libro de los Hechos de los Apóstoles*. El desarrollo mismo del ágape, organizado por la comunidad en un lugar apropiado, conserva su significación eucarística.

Entre los judíos la comida tiene un carácter religioso que escapa a nuestras costumbres secularizadas. En tiempos de Cristo, la comida se iniciaba con una oración de bendición que Jesús respeta. A tal efecto debo recordar la multiplicación de los panes y los peces precedida de una oración. La actitud de Jesús partiendo el pan con una oración es tal que los discípulos de Emaús lo reconocen precisamente en ese gesto.

De todos es conocido que la eucaristía fue instituida en el curso de una cena, de una comida ritual, y es la comida-sacramento por excelencia. Inversamente, toda comida prolonga, de cierta manera, la eucaristía y gracias a ella toma valor de signo. De esto tenemos los siguientes datos: la oración abre y cierra la comida cristiana; disponemos de varias oraciones de bendición y acción de gracias de la comida ordinaria y todas ellas la ponen en relación con la eucaristía.

Además estas oraciones de comida suelen tener una triple coloración: social (Dios que da a todos, impulsa a repartir entre todos); eclesial (la reunión de la comida significa la Iglesia); y finalmente, escatológica (toda comida es profecía del día en que comeremos y beberemos con el Padre en el Reino). Encontramos por tanto en las comidas las mismas constantes que en la celebración y el misterio eucarístico.

El tema de la comida eucarística abre y cierra la vida cristiana, se encuentra desde las fuentes bautismales hasta los epitafios, donde expresa la esperanza que la comida eucarística ha hecho nacer en el corazón de los fieles; la eucaristía ha sido siempre profecía de la comida escatológica.



En la normalidad de la vida cotidiana se expone cómo era expresada la oración por nuestros antecesores de los primeros siglos de cristianismo. Los paganos ponían bajo la protección de una divinidad el umbral de sus hogares y a quienes tenían la ocasión de visitarlos. También los cristianos en cierta forma sacralizaban sus hogares mediante inscripciones referidas a la acogida y presencia del Señor, y deseaban la bendición divina de todos los caminos y moradas. Estas inscripciones ponen a la casa y a quienes la habitan bajo la protección del Altísimo o de Cristo.

Orígenes escribe sobre la costumbre de reservar una habitación de la casa para la oración; existían en aquella época oratorios domésticos, posiblemente dirigidos hacia el Oriente, como símbolo del alma mirando hacia la luz verdadera (recordar que el sol sale por el este). Los discípulos de Cristo no miran ya hacia el Templo de Jerusalén como los judíos, ni hacia la Meca como los musulmanes, sino hacia el Cristo glorioso que volverá. Esto explica que después de Constantino los templos cristianos se orientaran hacia el este.

En cuanto al tiempo de la oración, analizarlo nos lleva hablar de tiempos fuertes, privilegiados. El cristiano es el hombre en constante acción de gracias a Dios, toda su actividad debe ser una alabanza a Dios (Flp , 3-4). El creyente ha de orar sin cesar (Tes. 3,17) o como escribió Orígenes: "ha de unirse la oración a las obras obligatorias y las obras a la oración. Sólo así es realizable la orden de orar sin cesar, por ello consideraremos la vida del cristiano como una sola oración de la cual, la que llamamos habitualmente oración no es más que una parte."

Con respecto a las horas para orar hemos de distinguir dos bloques, un ritmo ternario heredado del judaísmo que todo cristiano respetaba, fuera cual fuese el lugar donde se encontraba –horas tercia, sexta y nona cuando la gente está habitualmente en el trabajo- y otro ritmo, también de tres tiempos superpuestos al anterior, usualmente en el domicilio y en el

marco familiar: tarde, medianoche y mañana.

Estamos ante una semilla de oración doméstica que evolucionará hacia formas comunitarias y cristalizará en las comunidades monásticas. En cualquier caso, este ritmo de tarde a la mañana siguiente se remonta muy atrás en el cristianismo primitivo. Nótese que la nueva jornada comenzaba con la caída del sol.

Según Basilio, la oración de la tarde es de origen apostólico y tomaba una forma solemne y comunitaria en el ágape y la "bendición de la lámpara", rito este último tomado de la tradición familiar judía. Resulta evidente que en el marco del hogar, la bendición de la lámpara tiene un carácter comunitario y no adquiere toda su significación más que con la presencia de toda la familia reunida.

Con respecto a la oración de la noche se dispone de un detalle que nos orienta hacia un sentido conyugal. A tal respecto, la Tradición Apostólica dice "Sobre la medianoche, levántate, lávate las manos y ora. Si tu mujer está presente, oren juntos". El sentido vigorosamente positivo de la situación matrimonial merece ser subrayado. Al mismo tiempo, la oración de la noche parece tener una orientación escatológica, que dará origen más tarde a la oración de vigilia en las comunidades monásticas.

No tenemos ninguna precisión sobre el carácter comunitario de la oración de la mañana. La Tradición Apostólica atestigua de una reunión litúrgica matutina del obispo y los sacerdotes en la que pueden participar los laicos. De todos modos, los fieles que no podían participar por razones de trabajo u otras, se les recomendaba que cada uno hiciera una lectura provechosa donde se encontrara.

La oración cristiana, individual o familiar, seguía fiel a los formularios tradicionales anteriores a ella, Jesús no la rechazó sino que insistió en la profundidad y no en la multiplicidad, algo que quizá hemos de tener en cuenta los cristianos de hoy.

Entre las formulas cristianas estaba en primer lugar el padrenuestro que es esencialmente una oración comunitaria

(nótese que está todo el tiempo en plural). En ella encontramos las grandes revelaciones bíblicas: trascendencia y santidad de Dios, además del deseo de que venga su reino y se haga su voluntad. Siguen después las realidades cotidianas, las más sencillas preocupaciones del hogar, el alimento material. Finalmente se menciona el perdón, siempre con su dimensión comunitaria, a la vez que se manifiesta la conciencia de una existencia frágil y amenazada.

Los Salmos permanecen como oración del Pueblo de Dios. Cristo los hizo suyos y ha cargado con ese inmenso clamor que la mayoría de ellos refleja, purificándolos con su fidelidad sin tacha a la voluntad del Padre. El salterio anima la oración, tanto la personal como la comunitaria. Los Salmos se encuentran en la liturgia y en la vida y, por supuesto, también los hogares cristianos.

Junto a esto, una comunidad cristiana crea sus propias oraciones como atestigua ya Pablo en su Carta a los Colosenses (3,16). La comunidad cristiana compone libremente con fórmulas no pocas veces heredadas del judaísmo y también del paganismo: doxologías, aclamaciones, himnos... y muchas veces aclamaciones como *Hosannah*, *Kyrie elleison* y *Alleluia*, emigran hacia la vida y marcan el ritmo de la existencia del cristiano, sobre todo en los momentos de la prueba, de persecución, de martirio y de muerte.

Pero la esencia de la oración cristiana comunitaria, que marca la vida cotidiana, sigue siendo la fracción del pan. Porque la oración cristiana es una perpetua acción de gracias vivida a todas las horas del día. El cristiano vive en un universo que es para él la primera manifestación de Dios. El tiempo, las realidades del hombre, carne habitada por el Espíritu, pero también carne sexuada, son los dones creados por Dios que toman su significación, su valor de eternidad, por la consagración de Cristo, quien al encarnarse ha venido a transfigurarlos.

